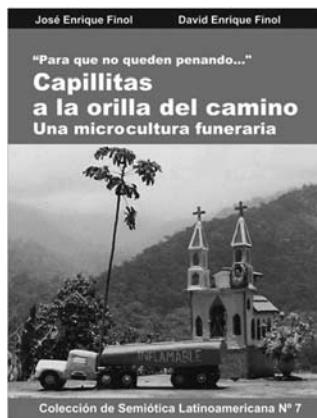


Enl@ce: Revista Venezolana de Información,  
Tecnología y Conocimiento  
ISSN: 1690-7515  
Depósito legal pp 200402ZU1624  
Año 7: No. 2, Mayo-Agosto 2010, pp. 123-125

## Capillitas a la orilla del camino

Autores: José Enrique Finol  
David Enrique Finol  
Fondo Editorial UNICA. Maracaibo, Venezuela  
Colección de Semiótica Latinoamericana  
pp. 140  
2009



Todos los que viajan por las carreteras venezolanas y latinoamericanas, e incluso en algunos estados de los Estados Unidos de Norteamérica, habrán observado los monumentos funerarios donde se conmemora la muerte por accidente de tránsito de algún conductor, pasajero o peatón. Se trata de marcas funerarias que se erigen como un tributo a la memoria de quienes han muerto de manera inesperada. En las carreteras venezolanas la presencia de estos monumentos, conocidos como “capillitas” o “animitas”, es constante y numerosa, y expresan una práctica fu-

neraria aparentemente marginal que hasta ahora no había sido estudiada y cuya presencia es parte de una tradición y de unas creencias que a menudo ha sido menospreciada o clasificada, casi despectivamente, dentro del folklore.

El libro de José Enrique Finol y David Enrique Finol es la investigación más completa sistemática y documentada hecha hasta ahora sobre una cultura funeraria que tiene una influencia mucho más fuerte de lo que hasta ahora se creía. Las capillitas son cenotafios (del latín *cenotaphium*, y este del gr. κενotάφιον (*kenos*, vacío + *taphos*, tumba), palabra que significa “sepulcro vacío”).

Los investigadores, adscritos al Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Antropológicas de la Universidad del Zulia, se lanzaron a las carreteras del Occidente venezolano (carreteras Lara-Zulia, Falcón-Zulia, Zulia-Trujillo, Perijá, La Cañada, Mara y Páez), provistos de cámara fotográfica, filmadora y fichas y planillas de entrevistas, para levantar un inventario visual y recoger alegatos de familiares y testigos de los accidentes viales, y también de los habitantes de las aldeas que se encuentran a las orillas de las carreteras, para determinar el origen, las características, los valores, creencias y rituales asociados con la construcción y mantenimiento de las capillitas.

Por otra parte, la investigación toma también algunos de los textos principales encontrados

y analiza su construcción, la organización discursiva y las recurrencias semióticas que en ellos aparecen. Así mismo, la obra se detiene en el conjunto de micro ritos que organizan un culto vivo, activo y de una gran profundidad simbólica.

Según los autores, se trata de un análisis antropro-semiótico que no sólo se limita a un inventario y clasificación de los distintos tipos de cenotafios que se encuentran en las carreteras venezolanas, sino que también analiza e interpreta esta microcultura en el marco de las culturas funerarias y en el contexto de prácticas similares que se llevan a cabo en toda América Latina (cf. Cáp. 5).

Los resultados de la investigación, recogidos en forma sistemática, revelan además una concepción de la muerte, en particular de la muerte inesperada, accidental, y de su relación con el espacio donde ésta ocurre, pues, como atestiguan los familiares, “la capillita debe construirse donde (la víctima) dio su último suspiro”.

En la interpretación de los autores, la práctica ritual funeraria tiene como propósitos, en primer lugar, facilitar el tránsito final del alma de la víctima, un propósito que los entrevistados señalan con la frase: “para que no queden penando”, y, en segundo lugar, crear un espacio simbólico de comunicación e intercambio con el alma del fallecido, una comunicación que se hace posible gracias a un conjunto de prácticas y símbolos que establecen la comunicación entre dos mundos, entre vivos y muertos. En ese conjunto simbólico destacan las velas, las flores y el agua. Esta última se utiliza en las capillitas porque las víctimas “mueren con sed” porque aún “no les tocaba”, una creencia casi unánime entre los moradores de las carreteras.

El libro incluye unas 125 fotografías de los diversos tipos de capillitas que se encuentran no sólo en Venezuela sino también en el exterior. En ellas puede observarse el cuidado y la tipología de su construcción, así como el solícito cariño puesto en la memoria de los muertos, en la comunicación con ellos y en la expresión de amor que tales cenotafios constituyen.

La investigación, realizada durante los años 2006 a 2009, revela que aunque en los cenotafios no haya un cuerpo enterrado no son por ello menos importantes en el imaginario social de las comunidades que habitan a las orillas de las carreteras, ni exigen menos respeto y consideración que los monumentos funerarios que encontramos en los cementerios.

Como es hoy un saber común, la muerte no es un fenómeno meramente biológico sino también, sobre todo, la muerte es un fenómeno cultural. Por ello, el primer tipo de culto que los seres humanos desarrollaron fue el culto a los muertos, cuya memoria es rescatada, preservada, querida y alimentada.

Alrededor de las capillitas se desarrollan prácticas simbólicas de una gran importancia para la comprensión de nuestra cultura funeraria, una comprensión que es necesaria, indispensable, para conocer nuestra cultura como venezolanos y, también, como seres humanos.

Por otra parte, en su humildad y aparente sencillez estos cenotafios que vemos desde los carros, rápidamente, cuando pasamos por las carreteras, son la expresión de una dinámica concepción religiosa, en la que los límites entre la muerte y la

vida no son tan definitivos como acostumbramos a pensar; se trata de una concepción de la muerte que dice mucho sobre cómo vemos y valoramos la vida, una relación en la que la comunicación continúa más allá de la muerte biológica.

El sistema ritual que tiene como escenario a las capillitas y la mitología que las explica tienen un marcado carácter sincrético: allí convergen, a veces en encuentros insólitos, elementos católicos, afro-venezolanos, indígenas e, incluso, al menos un elemento de origen judío. Los autores vinculan la práctica de colocar guijarros que se observa en algunas de las capillitas con la existencia del cementerio judío construido en 1832, en Coro, capital del estado Falcón, por Joseph Curiel a la muerte de su hija Hannah. Se trataba de judíos sefarditas que emigraron a Coro desde la isla de Curazao. Los judíos fueron expulsados de España en 1492 por los Reyes Católicos y muchos de ellos emigraron a las antiguas colonias e islas holandesas del Caribe.

Esta reunión de elementos que en algunos casos parece insólita refleja la creciente convergencia de dispositivos que se juntan, se estructuran y adquieren nuevos sentidos: aquellos que las comunidades carreteras necesitan para organizar, explicar y justificar, en su vida cotidiana, los avatares del azar, de la muerte y, sobre todo, de la vida.

Dobriła Djukich de Nery  
Universidad del Zulia